



SEÑOR MIGUEL FLORES
Editor

El Salvador Prometido

SI VIERAS morir, en campos de batalla, millares de hombres, esto no sería porque el hombre se hace de carne y hueso solo, sino también porque recibió el castigo original a causa del pecado de nuestros primeros padres. Por esta maldición, la muerte es una "conditio sine qua non" de la naturaleza humana. Por eso, no nos extrañan la muerte de todos los descendientes de Adán e Eva, las enfermedades de diferentes clases que afligen el cuerpo humano, los infortunios de la vida, las guerras entre naciones, la dificultad en buscar el pan cotidiano, el alimento primordial para la conservación de la existencia del ser racional en este mundo, la discordia entre familias y las demás calamidades que habían existido y continuarían existiendo mientras que viva el hombre.

Así como a estos males debe haber un gran remedio, así también tiene que existir uno que sepa remediar nuestra suerte. Este sería el único consuelo en tiempos de prueba, nuestra esperanza en tiempos de desesperación y uno que sepa guiarnos desde el umbral de la caída hasta el camino de la salvación. Porque todos nosotros sabemos, que desde la caída de nuestros primeros padres, Dios les castigó, echándoles fuera del paraíso. Se hicieron esclavos del poder infernal, pero, Él no les había dejado abandonados a su desgraciada suerte. Por un acto de su propia misericordia, determinó redimir al hombre del daño eterno. Luego, el tronco muerto del primer pecador fue vivificado por la sabiduría divina y por su compasión hacia el ser más escogido entre los seres de la creación.

¡Que dicha inefable!; Que beneficio tan grande, que con su bondad compasiva, nos hizo amable al Creador! No es verdad, que no necesita al hombre para que sea feliz Él? Pero, por qué sin disminución de su bienaventuranza, quiso resucitarle de la muerte eterna? Porque nos ama mucho Nuestro Redentor. Este amor se manifestó en el hecho de que el hombre, después de haber caído, hubiera sido destinado, para siempre, al caldero de Pedro Botero o sea al fuego preparado, desde tiempo eterno, más allá del otro mundo.

Paz y gozo deberían estar en el corazón del hombre! Porque, por medio de la unión hypostática entre el ser divino con el humano, la inmensidad del amor divino hacia el ser que participa de su esencia divina se hace manifiesta. Alegres cantemos el cántico de amor porque hemos recibido el don infinito—la Encarnación del Hijo de Dios. Este Verbo Encarnado vino en el mundo para hacernos felices, pacíficos, amantes del reino de Dios; para librarnos de la mancha del pecado original; para hacernos libres de la desdicha causada por nuestra ingratitud.

De hecho y de derecho, el redentor que nos tenía prometido Dios, vino en este terreno efímero. Ha nacido de la virgen, escogida de entre las mujeres puras, santas, y virtuosas. Que Dios Padre el Espíritu Santo la escogiesen como madre de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, es un privilegio singular para un ser bajo y parecido a un gozoso y hecho del polvo de la tierra. La venida, pues, del salvador de la raza pervertida, es, según el sentido cristiano de la palabra, la pascua. Grande es este día, glorioso es este tiempo para el mundo cristiano y se recordaría, sin cesar, la reconciliación entre la naturaleza divina y la humana.

Que debemos hacer, pues, durante la conmemoración de su venida? Prepárenos su habitación en nuestro corazón. Tenemos que ser felices y gozosos. Esta felicidad, para ser verdadera, debe consistir en la comunicación entre el Creador y su ser creado. La felicidad que el mundo da, no es una felicidad, por la razón de que, está llena de tonterías y faltas graves contra el Divino Legislador. La felicidad cristiana consiste en la vida santa que uno debe llevar. La felicidad del mundo pagano se mezcla de porquerías y uno no debe seguir lo finito y lomodable.

Alegrémonos porque ha nacido el Príncipe de la Paz!

La Navidad

Por el
Señor MIGUEL FLORES
A.B. IV

La justicia divina,
Hermanada con amor
Nos salvó de la caída
Nos alivió del dolor.

Divina justicia es.
Enviar a este mundo,
De entre miles seres
El mismo ser divino.

Luego, ha nacido El
Por su amor hacia nos.
Para hacer fácil
La entrada en los cielos.

Con el fin de mostrarnos
La dignidad humana,
Se hizo hombre Jesús
De la Virgen María.

Que beneficio grandel
Que misterio grandioso!
Que El Creador encarnado
Fue; una dicha inefable.

Pero, que hizo el hombre,
Recibido este don?
Pronto quebranta la ley
Sin pensar de su acción.

Si el amor con amor se paga,
Por que el amor celeste
Se paga con vida mala
Por el ingrato hombre?

Porque el pecador peca
Sin pensar de la ofensa.
Aun lo ama mucho
A pesar de su caída.

Por que el ser racional
No comprende al Señor,
Siendo Jesús como tal,
Y no obra él con timor?

Porque él es muy débil.
Según la Biblia,
La vida es difícil.
Peca él cada día.

La miseria humana es,
Un señal de castigo,
Del infado divino
Y de maldición nuestra.

Después de la tempestad,
Vienen la paz el orden.
Gracias ya se concedan,
De su infinita bondad.

Todo esto manifiesta,
Cuanto Jesús nos ama
Libres nos hace obrar
Para probar a quien elija.

Para reconocer bien,
Nuestra gratitud
Hagamos un Belén
En el alma nuestra vil.

Limpiemos nuestras almas,
Y las llagas ya curadas;
Causadas por nuestra maldad;
Se recibiese la potestad.

Ha nacido EL NIÑO
JESUS AMOR DIVINO;
Nuestra fe, nuestra vida,
Que dicha, quegracia!